



MALENKA RAMOS

ROSAS MUERTAS

MALENKA
RAMOS

Rosas muertas

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Malenka Ramos, 2026

Autora representada por Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 979-13-87810-67-2

Depósito legal: M. 5.891-2026

Printed in Spain

PARTE 1

He mirado a las rosas y me he acordado de ti.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

ROSAS MUERTAS - LA PRIMERA ROSA

CARLA

Tiene otra vez la misma pesadilla. Ni siquiera entiende el significado. A la derecha, junto a su cama, hay una puerta inexistente; sobre la moqueta, una fila de hormigas. En el sueño sigue su rastro y abre la puerta de ese cubículo irreal donde se aglutinan más insectos formando una especie de elevación. Grita por el asco, porque están devorando algo que no logra ver, pero siente que es malo, que no debe estar allí y que, si aparta a las hormigas y moscas, verá algo que le helará la sangre.

Siempre ha sido una chica pragmática —sigue igual— y poco dada al miedo irreal o al temor por tonterías de ese tipo, pero esa pesadilla se repite una y otra vez, haciendo que sus noches sean eternas. Luego está esa sensación indeleble de que no está sola.

Empieza siempre casi a la misma hora, sobre las diez de la noche.

Primero son los arañazos, o la sensación de que algo rasca la pared de su habitación. Habla con la comunidad de propietarios; en el otro piso no vive na-

die, así que cree que son ratones y deja de darle importancia hasta que se repite una vez más y luego otra, seguido de unos susurros imprecisos. Paralizada por el terror, una noche a las dos de la mañana llama a la Policía, pero todo queda en nada. Examinan la casa y no dan con nada; incluso uno de los agentes le pregunta si se ha tomado algo, a lo que ella responde que jamás se ha drogado o medicado. Se van y se queda devastada, con la sensación de que empieza a volverse loca. Se gira lentamente y chilla al verse a sí misma en el reflejo del espejo del salón. Quizá es el momento de aceptar que algo le pasa y acudir a un buen médico; todo puede ser fruto del estrés.

Dos días después vuelve a escuchar su nombre en algún lugar remoto de la casa, como si alguien se hubiese escondido en un armario y tratara de asustarla. El miedo la paraliza y se queda más de un minuto escuchando, sintiendo. Y entonces oye la risa, tan suave, sutil y delicada que cree perder el conocimiento. Avanza temblorosa por el pasillo sin apartar la vista del perchero y la puerta principal. Se precipita hacia el abrigo, se lo pone sobre el pijama y sale a la calle; el débil resplandor de una farola es su única iluminación y hace un frío invernal.

Desde la calle ojea la fachada buscando la ventana de su habitación. Es la única iluminada dadas las horas intempestivas, y cree ver una silueta en la de al lado, pasando de un rincón a otro en completa oscuridad. Y así es como aquel día pasa la noche vagando por las calles, aterrorizada, sin nadie a quien llamar.

Camina y camina, piensa, se atormenta. Si sus pocos amigos se enteraran de lo que le ocurre, la tomarían por loca con toda seguridad y no está dispuesta a pasar por ello, no quiere volver a ser el bicho raro una vez más. Cuando la luz del día cubre el cielo formando un manto azul y blanco, vuelve a casa; todo está igual. Se sienta en la cama, preguntándose si de verdad está totalmente loca y, tras una ducha de agua caliente, se enfrenta al trabajo, casi colapsando al final del día. No escucha ruidos esa noche porque el cansancio la hace caer inconsciente en el sofá del salón. Y entonces comprende que debe medicarse para poder dormir y silenciar esas voces en su cabeza —o, más bien, las voces que ella cree que están en su cabeza—, eso es de lo que se convence día tras día.

Pero los ruidos vuelven, también los sonidos de los pasos, la suave risa y los murmullos. Sueña de nuevo con la puerta de la habitación y aquella fila de hormigas que serpentean por la moqueta. En su sueño, la puerta siempre está entreabierta y los bichos siempre comen algo. Algo que no debería hallarse ahí y que está envuelto en un halo de malignidad, puede sentirlo cada vez más real, y esa sensación la acompaña todo el día.

En el sueño nunca entra en la habitación, nunca aparta a las hormigas y moscas para ver lo que hay debajo. Hasta que en su pesadilla lo que hay dentro sale.

*Desde esa noche no vuelve a ser la misma.
Poco tiempo después, llegarán las ratas...*

2 EL EQUIPO

Miércoles, 5 de febrero

Kai Vila contemplaba el mar desde lo alto del acantilado. Si miraba hacia la playa, calculaba más de treinta metros a ojo sobre el nivel del mar. La panorámica era impresionante; la acción del viento había esculpido formas irregulares, con pequeñas grietas y cuevas marinas. Dio un paso atrás cuando fue consciente de que si resbalaba acabaría en el fondo del Cantábrico con la cabeza rota, y eso siendo positivo, no sobreviviría a una caída desde aquella altura.

Desde muy niño había deseado vivir en un lugar así, Madrid a veces lo devoraba por dentro. Su padre siempre fue un amante de las rutas de senderismo que recorrían los acantilados, pero, siendo él muy pequeño, se rompió una pierna al caer de una grúa y todo aquello se terminó. A veces su padre cojeaba y la humedad le provocaba dolores. Si caminaba mucho, luego se pasaba varios días hecho polvo frotándose la pierna. El médico le dijo que era una artrosis postraumática que le causaba un dolor crónico debido al desgaste del cartílago, aunque el tejido cic-

tricial le provocaba también rigidez, otro punto a sumar. Así que al final se conformó con fantasear con la posibilidad de retomar aquellas rutas de las que tanto le hablaba, aunque nunca llegó ese momento.

Una gaviota pasó volando por encima de su cabeza y Kai lanzó el cigarro con una especie de parábola. Se abrochó el botón superior del abrigo, hacía un frío de mil demonios y se le estaban congelando las manos. Las metió en los bolsillos y lanzó un suspiro como si estuviera a punto de comenzar un discurso.

—Tirar una colilla encendida en un sitio como este es un peligro, inspector. Debería ser un poquito menos incívico.

Se volvió bruscamente y torció la boca. El tipo que iba hacia él caminaba con paso torpe mientras su gabardina ondeaba en el aire. Kai le dedicó una mirada reprobatoria y asintió.

—Llevo cuatro horas con el culo encajado en el asiento del coche y me he comido una hora más de atasco en la M30, teniente. Sea usted un poco compasivo.

—Siempre has sido un quejica —le respondió estrechándole la mano con firmeza—. Teniente coronel, que no se te olvide mi cargo.

Kai sonrió. Por mucho tiempo que pasara, su relación con aquel hombre se prolongaba como el cauce de un río sin alterar el trato que siempre habían tenido.

—Me alegro de verte, Marco. Ha pasado mucho tiempo.

Marco Mencía se giró hacia el acantilado y Kai se puso a su lado.

—Cuando estabas casado con mi hija tenías mejor aspecto, Vila. ¿Qué tal te va la vida?

—No me quejo.

—Eso está bien.

A pesar de su aspecto recio y firme, dejaba entrever que se estaba divirtiendo y Kai chascó la lengua. Tenía casi setenta años, pero aquel hombre se conservaba mejor que él.

—Tiene que ser gordo para que el máximo responsable de la Guardia Civil me llame. Lo poco que me has contado es que tenéis un cadáver.

Marco Mencía asintió despacio y Kai sacó el paquete de tabaco con el último cigarrillo espachurrado, lo aplastó entre los dedos y jugueteó con la pelotilla. Si no hubiese ido hasta allí, habría estado en su despacho calentito viendo pasar las horas tranquilamente como un marqués. Las pequeñas olas de allá abajo barrían las rocas formando espuma que golpeaba los riscos con violencia. Se giró hacia Marco rezongando y preguntó:

—¿La Unidad Orgánica de la Policía Judicial está con esto?

—No, y por eso te he llamado. Necesito a alguien de confianza que no remueva la mierda, Kai. Eres un tipo curtido, un buen inspector de Homicidios y un buen perfilador criminal. Hace un par de semanas te habría dicho que teníamos un cadáver, pero en estos últimos días las cosas han cambiado.

Kai no había escuchado nada en las noticias y eso lo dejó algo descolocado.

—¿Hay más?

—Digamos que han pasado ciertos acontecimientos que nos llevan, en poco tiempo, a tener varias muertes, todas demasiado cerca geográficamente unas de otras y con demasiadas coincidencias entre sí.

—¿Qué? ¿Crímenes en serie? Soy inspector de Homicidios, pero tienes a la Unidad Central Operativa. Esto es un maldito pueblo costero, ¿por qué no tiras de la UCO?

—No he hablado de crímenes en serie. Queremos llevar el tema con discreción. Además, si tuviera que tirar de alguien, ya estaríamos hablando de la Europol.

Kai hizo un giro de lo más extraño para mirarlo de frente. Se estaba perdiendo. Su exsuegro lo había llamado hacía dos días a las doce de la noche para verlo en Asturias, en un pueblo perdido de la costa. No le había explicado nada, solo que tenía que ir y que sus superiores ya estaban al tanto. No le sorprendió; no era la primera vez que colaboraban, pero la falta de información lo dejó desconcertado, pese a que trató de indagar con esmero y con todos los medios que tenía.

—¿Europol? ¿Tus cadáveres tienen algo que ver con el crimen organizado?

—Eso es lo que debes averiguar —le dijo mirando al océano—. De momento tengo el cadáver de una cría. No queremos que la prensa se entere, por eso te llamé. Si esto sale a la luz, cundirá el pánico y empezarán a enredar la realidad. Tenemos un cadáver que apareció hace dos días en una nave industrial a dos kilómetros de aquí. Los detalles te los contaré por el camino. No son agradables.

—Espera, espera. ¿Todo esto por una chica muerta? No me lo creo. ¿Por qué has mencionado a la Europol?

Marco Mencía se acarició el bigote con dos dedos.

—Puerto Castro tiene ocho mil habitantes, chico, aquí nunca pasa nada, pero si has estudiado un poquito de historia, sabrás que desde la Guerra Civil este tipo de orografía ha servido como punto estratégico para el contrabando de mercancías. ¿Te pongo un poco más al tanto de historia de España? Durante el franquismo se usaba como ruta clandestina de contrabandistas que movían mercancías entre España y Portugal. —Puso una mueca al ver la expresión de Kai—. Este lugar tiene su historia. Es un pueblo turístico. Hace unos años se construyó un hotel y varios restaurantes. El municipio ha crecido mucho. Eso es lo que todos saben, o al menos la versión oficial. La otra parte es un poco más delicada. La mafia italiana construyó todo ese entramado turístico y compró hace años varias fábricas y almacenes, pero eso lo sabemos ahora. Más bien, lo sabemos desde hace varios días, cuando la cría apareció asesinada a golpes en uno de los almacenes de esa gente.

—¿Qué?

—Lo que oyes, Kai. No podemos levantar la liebre porque creemos que no tienen nada que ver. Y los calabreses llevan tiempo cooperando con la policía española ofreciendo información de cárteles sudamericanos. Puede que sea casualidad y que el asesino haya dejado a la cría en esa nave sin saber de quién era, pero estaremos de mierda hasta el cuello si esto sale a la luz. Vamos. Te explicaré todo con calma mientras comemos en...

Kai lo agarró del brazo y Marco lo miró.

—¿Estamos hablando de sobornos o de confidentes clave?

Siempre habían existido confidentes clave en la mafia; a cambio, los dejaban operar con ciertas restricciones, pero si hablaban de blanqueo de dinero que financiaba a políticos o cuerpos de seguridad, era otro cantar. Kai detectó cierto titubeo en su exsuegro y tensó la mandíbula.

—Marco... No me jodas.

—Hay un poco de todo.

—Me *cagüen* la puta. ¡Esto es un puto marrón!

—Espera a que te cuente toda la historia, joder. No puedo ponerte al día en media hora.

—¿Estás metido en esto, Marco?

—¿Qué? ¿Eres gilipollas? No, no estoy metido en esto.

El suave ronroneo de las olas se mezcló con el sonido de las ramas de los árboles cuando el aire sopló.

—¿Es una investigación reservada?

Un método que se solía usar para ocultar datos a la misma Policía. A veces solo los investigadores y el juez tenían acceso a la investigación. Se filtraba o anulaba la información a la prensa, incluso había muertes que se catalogaban como «accidentales» o «suicidio» en vez de «homicidio». Era un modo de controlar a los testigos que podían ser sobornados.

—Creo que vamos a ir un poco más allá —respondió Marco—. Se te asignará un grupo reducido de agentes de confianza sin vínculos con la comisaría local. El juez decretará secreto de sumario para que otros departamentos no puedan ver nada y así impedir que la información se filtre. Evitaremos la comunicación desde correos oficiales y tendremos reuniones en persona.

—Piensas que hay agentes corruptos.

—Creo que tenemos que ser prudentes porque vas a tener que trabajar con la mafia.

Kai parpadeó.

—¿Qué?

—La cría que encontramos en el almacén era la hija de un enlace de los calabreses. Un estibador que introducía cocaína en contenedores marítimos. Puede que el crimen no tenga nada que ver con ellos y sea una maldita casualidad. Las otras muertes son algo que quiero analizar un poco, prefiero no dejar ningún cabo suelto ni llevarme sorpresas. Pero, sea una casualidad o no, los calabreses se lo han tomado como una ofensa. Ayer llegaron al pueblo y están alojados aquí. Si no damos con el asesino, van a poner patas arriba este jodido lugar y si llega a la opinión pública...

—Algunos de los nuestros estarán jodidos...

Marco asintió.

—Algunos lo suficientemente importantes para generar una crisis a nivel nacional, Kai... Debemos averiguar quién mató a esa chica y si los otros cadáveres están relacionados, aunque sea mínimamente. Tenemos que trazar un perfil y averiguar si la mató un pirado que la eligió al azar o si es algo personal con la mafia.

—Ninguna de las dos opciones es buena —susurró. Miró hacia los dos vehículos aparcados muy cerca del bosque—. ¿Quién será mi compañero?

—Eso mejor te lo cuento por el camino.

Cuando lo vio acelerar el paso, tras zafarse por segunda vez de sus garras, Kai lo siguió veloz.

—Marco, espera un momento. ¿Quién será mi compañero de confianza?

—Sígueme, iremos en mi coche.

El teniente coronel se apartó la gabardina y se metió en el coche. Kai sujetó la puerta y se inclinó.

—Oye, ¿quién...?

—Alguien de confianza como tú, Kai. De mucha confianza. ¡Vamos!

Los dos hombres se miraron unos segundos y Kai frunció el ceño.

—Tienes que estar de broma... —murmuró segundos antes de que le cerrara la puerta en las narices.

Febrero era un mes que detestaba, siempre estaba teñido de colores grises. Jirones de nubarrones solapaban la luz del sol. Si contemplaba el cielo se deprimía, si miraba un poco hacia abajo sentía cierta ansiedad, más aún cuando vio a Kai bajar del coche de su padre con aquellos andares de matón de discoteca que siempre solía llevar.

—Inspectora, tengo los documentos que...

A Rodrigo se le escurrió la carpeta de las manos y una cascada de papeles tapizó el suelo de madera. El pobre chico se agachó nervioso y se puso a recogerlos sin orden alguno. Martina no tuvo tiempo ni de moverse, Rodrigo parecía un pulpo. Cuando se incorporó, hizo un mohín y ella lo miró con cierta conmiseración.

—Trata de calmarte un poco, Rodrigo. Esto no es el fin del mundo.

—Es importante para mí. El teniente coronel... —susurró zarandeando la mano—. Quiero decir, su padre me...

—Servirá «el teniente coronel».

—Perdón. El teniente coronel me ha ofrecido formar parte de esto y estoy un poco nervioso.

El chico parecía estar a punto de sufrir una apoplejía mientras ordenaba todos los documentos a una velocidad pasmosa. Su padre y el capullo de su exmarido charlaban en el aparcamiento, seguía observándolos desde la ventana del segundo piso del restaurante donde iban a comer. Reunir a «la familia», cosa que no tenía nada que ver con lo que la había traído hasta allí, era un acto que solía hacerse en fechas señaladas, no en mitad de un febrero que contaba con un aviso de masas de aires polares y árticas que venían directas a España. El titular del periódico le había hecho gracia. La «bestia del Este» amenazaba el norte del país. Ella se imaginaba a un tipo del tamaño de un armario vestido con pieles sujetando dos machetes y atravesando la autopista. Quien hubiese escrito aquello parecía tener un humor negro que le encantaba, aunque no todo el mundo era bueno haciéndolo.

—Me falta una hoja...

—La tienes debajo de la mesa.

Pero ahí estaba ella, plantada como un maniquí, observando a los dos hombres más importantes de su vida; o, más bien, al hombre más importante de su vida y al capullo egocéntrico que llevaba a su lado y que creyó que era algo importante en su vida. Al verlos caminar hacia la entrada, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta del traje y sacó un caramelo, lo desenvolvió con cuidado, se lo metió en la boca y directamente lo trituró y se lo tragó.

—Ya está poniendo esa cara, jefa —oyó detrás.

—¿Qué cara?

—Esa cara. Parece que se va a partir la mandíbula. Debería saber que la tensión acumulada puede provocar dolores de cabeza. Mi primo tuvo bruxismo.

Cuando quiso darse cuenta, lo tenía al lado y miraba hacia la calle.

—¿Y ese quién es?

—Un gilipollas.

Rodrigo asintió despacio.

—Pero es uno de los mejores en su trabajo, tengo que ser justa. —Aunque le apeteció añadir que, como persona, dejaba mucho que desear—. Ya te pusieron al día: seremos un grupo reducido de plena confianza.

—Me hicieron firmar un contrato de confidencialidad y todo.

—Es un simple formalismo.

Se dio la vuelta al oír unos pasos y suspiró. Sabía que ese día tenía que llegar, el día que volviera a encontrarse con Kai Vila, pero que ocurriese sin previo aviso, y en una situación así, no era lo que tenía planeado. Porque ella solía planearlo todo y jamás dejaba que las circunstancias la pillaran desprevenida. Solía tener el control de la situación y cuando la cosa se iba de madre trataba de ponerle remedio, aunque no siempre lograba lo que quería.

—¿Entonces no vale para nada? ¿No es necesario?

Ya podía escuchar la voz de su padre.

—Sí, pero si te vas de la lengua, te mandarán en una lancha a alguna isla bananera con poca civilización, y eso siendo prudentes.

—¿Qué?

El chico la miró espantado y ella sonrió de medio lado.

—Eres un buen agente, Rodrigo. Trata de relajarte un poquito o te dará algo.

Aquel restaurante decadente la ponía de peor humor; en el fondo era una concatenación de catastróficas casualidades: el tiempo, aquel marrón de caso que su padre le había encasquetado y su ex. Habría sido una negativa viniendo de cualquier otro, jamás habría imaginado que volvería a trabajar con Kai, pero la situación lo requería y su padre jamás le había pedido un favor así. No le quedaba más remedio, aunque sintió cierta satisfacción insana cuando entraron los dos por la puerta y vio la cara de culo que llevaba su exmarido. Estaba claro que a él tampoco le había agradado la idea o, como poco, no se lo esperaba, cómo no.

«Al menos no seré la única que aguante carros y carretas», pensó.

—¡Ya estamos aquí!

Su padre se fue directo hacia la mesa que habían preparado para ellos en un salón aislado del comedor principal y se quitó la gabardina.

—Me alegro de verte, Martina —le dijo Kai, pero, antes de que pudiera responder que ella no se alegraba tanto, se volvió hacia Rodrigo y le tendió la mano—. Kai Vila, inspector de Homicidios, un gusto. ¿Y tú eres?

—Oh, yo, Rodrigo Aldana, trabajo con la inspectora. Soy analista y experto en ciberseguridad y... Bueno, un montón de cosas más.

—Nos falta la perito forense, Amalia Delgado, que no tardará en llegar —comentó su padre tomando asien-

to—. Vamos, ella ya está al tanto de todo. Aldana, dame los papeles que te pedí.

—Te veo estupenda, querida —le susurró Kai al pasar a su lado. Martina notó una pequeña vibración en la parte superior de la mejilla, muy cerca del ojo.

—Yo a ti no.

Él esbozó una sonrisita tensa y la apuntó con el dedo.

—Graciosa.

—Que sepas que esto lo hago por mi padre. Verte la cara no es algo que estuviera en mis planes.

—Siento cierto rencor, ¿quién diría que la que me abandonó fuiste...?

—¿Nos sentamos, chicos? —Marco los miraba fijamente con la carpeta delante y Rodrigo detrás—. Me gustaría ponerlos al día de todo antes de comer, y si es posible querría que fuera antes de las siete de la tarde.

Martina y Kai se lanzaron sendas miradas despectivas. El analista, que no se enteraba de nada, repartió algunos papeles y luego se sentó frente a ellos.

—Hace dos días un trabajador del puerto encontró el cadáver de Valeria Lucas en uno de los almacenes sin uso. Esta presentaba fractura de cráneo por objeto contundente.

La imagen que tenían en el dossier era la del cuerpo de una chica con un abrigo gris perla abierto, vaqueros, jersey de lana y pelo largo y rubio. Había una mancha de sangre en el suelo junto a su cabeza, y los ojos grandes y azules miraban a un punto fijo de la pared descascarillada.

—Es muy joven —susurró Martina.

—Veinticuatro años. Vivía sola en un piso de Puerto Castro. Según nos ha dicho una conocida, había quedado

con alguien ese fin de semana para cenar. No se veían todos los días, así que tampoco le dio importancia a no saber de ella al día siguiente. A Valeria se la encontró el lunes 3 de febrero por la tarde. Se citó con alguien el sábado de noche, es lo único que sabemos ahora mismo.

—¿Su familia?

—Solo su padre, la conexión con los calabreses —dijo Marco. Les mostró una fotografía de un tipo rubio con cara de malas pulgas—. Ciro Lucas, cincuenta y ocho años, viudo. Ha trabajado durante veinte años como estibador. Ha estado viviendo muchos años en Valencia. En 2011 se detuvo a tres personas relacionadas con los calabreses. Ciro estuvo en el ajo, pero no fue arrestado. Es lo que os puedo decir. Se trasladó a Puerto Castro hace quince años, suponemos que, como enlace, sigue trabajando para la ‘Ndrangheta.

Martina se apartó el flequillo de la cara y observó la imagen de la chica.

—¿Y qué pasa con las otras muertes? —preguntó Kai.

—Sí, tres chicas más. Aparecieron en sus respectivas casas hace meses y su fallecimiento se catalogó como accidente. Una se cayó por la escalera del dúplex en el que vivía a veinte kilómetros de aquí. La otra chica era de Puerto Castro y apareció en la bañera. La tercera estaba colocando unas cortinas y se precipitó desde una pequeña escalera de tres tramos. Os entregaré los informes más tarde. Los restos de sangre y su patrón de dispersión coincidieron con el de una caída. Tenían heridas compatibles con un golpe con el suelo y la bañera, no había signos de haberse defendido.

—Doy fe de ello. —Una mujer alta y morena de unos cincuenta años entró en ese momento en la sala y saludó a todos con un gesto de la mano—. Buenas a todos, perdón por el retraso, tuve que atender una llamada importante. No necesito presentaciones. Puedes seguir, teniente coronel.

Kai la saludó con un gesto de cabeza.

—De este tema, mejor que hables tú, Amalia —dijo él.

—Revisé yo misma los informes de las chicas encontradas en sus casas y es cierto. Nada fuera de lo normal, se hizo un examen craneoencefálico y otro toxicológico. No se detectaron lesiones incompatibles ni signos de agresión. Nada.

—¿Y por qué relacionarlas con el asesinato de esta última chica?

—No las relaciono, simplemente sucedió y queremos saber si podrían tener algo que ver. A través de uno de nuestros contactos en la comisaría del pueblo, supimos que la amiga de una de las víctimas se pasó días persiguiendo a los agentes. Repetía una y otra vez que su amiga no se había matado por un accidente, insistía en el hecho de que había algo más. Y luego está esa tontería de los pétalos en las fotografías. —Marco lanzó sobre la mesa tres fotografías ampliadas a tamaño folio algo difusas.

Señaló a Rodrigo y este se puso muy recto.

—Yo. Pues eso, sí. —Carraspeó cuando se lo quedó mirando todo el mundo y, al ver que nadie hablaba, se aclaró de nuevo la voz y dijo—: Me gusta ojear los expedientes cuando tengo un poco de tiempo libre...

—Rodrigo, ve al grano, por Dios —rumió Martina.

—Perdón. Sí. Los pétalos.